

dió cara á sus tres contrincantes, sino, corriendo y huyendo del encuentro colectivo, aprovechó el encuentro con *uno* solo y lo tumbó en tierra, y después al segundo y después al tercero, hasta que se apoderó de la corona del vencedor (1). Después de encontrarse sólo contra tres enemigos mortales y muertos dos hermanos suyos en la arena del combate, ¿porqué salió vencedor? Por el sistema de estrategia militar: por no acometer á los tres ni á los dos enemigos de una vez, sino por separado. ¿Qué medico receta tres ó cuatro medicamentos á un tiempo? Según el mismo Arquímedes, todo descansa sobre un punto de apoyo y centro de gravedad: «Da mihi punctum, coelum terramque movebo.» La espiga brota de un grano; el sistema solar reconoce un centro y el alma en sus apetitos una sola idea, un desideratum, un ideal, un apetito, un centro psicológico: «Omnia reducuntur ad unum», que dijo Santo Tomás de Aquino, Ordinis Praedicatorum.

Examinemos, pues, atentamente cuál sea la virtud ó grado de virtud, que más necesitemos, ó cuál sea el defecto principal, en que más frecuentemente caemos y es como la raíz y causa motriz de todas nuestras faltas: y ésta debe ser, y no otra, la materia del examen particular. Y aun no hay que tomar la cosa á bulto y en general, sino comenzar por la causa generativa de todas nuestras imperfecciones, pues, «causa causae est causa causati,» y es regla de Derecho: «Cum quid prohibetur, prohibentur omnia, quae sequuntur ex illis:» esto es: si se mata lo principal, también lo accesorio: sin fuente manantial no hay arroyuelo; sin tronco no hay ramas y sin corazón no hay sangre ni venas. Y, *nota bene*, queremos decir, que pudiendo suceder se cometan infinitas faltas contra cada virtud, contra una virtud, hay aún que inquirir cuál es aquello que más nos domina y á diario nos hace delinquir y más nos impide progresar en la perfección, á pesar de estar resueltos á guerrear contra toda especie de mal. Y por razón de edifi-

(1) Hist. Romana.

cación y evitar el escándalo, advierten los autores ascéticos y místicos que, si entre tales faltas hay alguna exterior, que pueda llamar la atención y escandalizar á nuestros prójimos, procuremos dirigir todos nuestros dardos y esfuerzos contra este enemigo capital de desedificación, á fin de abatirle, vencerle y sepultarle.

Acometamos, pues, uno á uno á nuestros enemigos, á ejemplo de David: «Perseguiré á mis enemigos, y no descansaré; ni volveré atrás hasta alcanzar la victoria de ellos». «Persequar inimicos meos, et comprehendam illos: et non convertar donec deficiant»... Confringam illos..... cadent subtus pedes meos» (Psm. XVII. v. 38 et 39.)

Y reflexionemos que la misma razón natural nos lo preceptúa esto en uno de sus más sabidos axiomas morales: «Pluribus intentus, minor est ad singula sensus»; y que el mismo Plutarco practicó esto mismo (1); y lo recomienda San Juan Crisóstomo, (2) entre otros Santos Padres, citados en los capítulos anteriores, y, según Casiano (3) nos lo enseñó el mismo Espíritu-Santo en las palabras: «Dominus Deus tuus consumet nationes has in conspectu tuo paulatim, atque per partes; non pateris eas delere pariter» (4).

ARTÍCULO X.

DIFICULTADES PARA EL EXAMEN PARTICULAR, SEGÚN EL P. PALMA.

I

Que existen dificultades, se comprende por la misma definición, ó más bien, descripción: El examen particular es una lucha espiritual con algún vicio singular, y consiste en el propósito de no caer, en el cuidado de cumplir este propósito, en examinar las caídas, en comparar entre

(1) Plutarco de cohibend. ira. (2) S. J. Chrysost. hom. 82, in Joan. (3) Casianus, collat. 5, Abbat. Serap. c. 14. (4) Deuter. VII, 22.

sí unos tiempos con otros para ver si ha habido enmienda y cuál haya sido, y de esta suerte desarraigar de raíz el vicio que más nos daña, ó plantar la virtud que nos es más necesaria; y este ejercicio deben usarlo en todo tiempo toda clase de personas.

En esta descripción se descubre, en primer lugar, la naturaleza de este examen, que no es otra cosa que cierto combate ó lucha espiritual; en segundo lugar se declaran sus causas, material, formal, final y eficiente. Porque la materia es el vicio particular que mayor daño causa, ó la virtud contraria á este vicio, la cual sobre las demás nos es necesaria. La forma es el propósito de la mañana acerca de este vicio ó de esta virtud, el cuidado especial durante el día de no caer en aquel defecto, ó de ejercitar los actos que hemos determinado de la virtud contraria; examinarse al mediodía y á la noche si hemos caído en aquel vicio ó ejercitado los actos de la virtud; y comparar los tiempos entre sí para conocer si ganamos ó perdemos. El fin es desarraigar el tal vicio ó plantar la virtud contraria. Por último, la causa eficiente son todos los hombres, que si son deseosos de la virtud y de su aprovechamiento, nunca dejan de la mano este ejercicio. Todas estas cosas y cada una de ellas explicaremos ahora detenidamente. Conceda nuestro Señor tal fuerza y eficacia á mis palabras, que sepa declarar á los lectores la excelencia de este ejercicio y persuadirles su práctica, que debe ser diligente y constante, si es que de veras piensan hacer algún progreso en el camino de la perfección.

Ante todo, entendamos bien que este examen es una lucha que se emprende con los vicios. Esta lucha es en verdad molesta, porque hemos de luchar dentro de nosotros mismos; es porfiada, porque sólo con la vida se acaba; es peligrosa, porque por maravilla se encuentra quien no salga herido en este combate; dudosa es la victoria, porque si Dios con su gracia no esfuerza nuestra flaqueza, caeremos en esta pelea vencidos y derrotados. «Cada día

peleamos, dice san Agustín, en nuestro corazón, en el cual un hombre solo pelea con un ejército entero. Tienta la avaricia, tienta la lujuria, tienta la gula, tienta esa vana alegría del mundo. Todas las sugerencias embisten al hombre, de todas se ha de abstener, á todas ha de resistir, de todas se ha de apartar; cuán difícil es que de algunas no salga herido.» (In ps. XCIX, 1). Hasta aquí el Santo.

No se puede negar que todo el camino de la vida espiritual está bañado de cierta dulzura, confianza y seguridad. En efecto, ¿qué cosa más dulce, que tratar y conversar familiarmente con Dios? ¿Qué confianza más grata que la que nos promete gozar de la misma Divinidad? ¿Qué mayor seguridad que tener al mismo Dios por amigo y compañero? Sin embargo es menester confesar que sólo el trabajo de extirpar los vicios convierte este camino, de suyo dulcísimo, en amargo y difícil. «Una cosa, dice Kempis, retrae á muchos del aprovechamiento y de la fervorosa enmienda; el temor de las dificultades ó el trabajo de la pelea. Ciertamente los que progresan más en la virtud, son aquellos que hacen mayores esfuerzos para vencer lo que más molesta y repugna. Porque el hombre aprovecha más y se hace merecedor de mayor gracia á medida que más se vence á sí mismo y se mortifica en el espíritu» (l. 1, c. 25, n. 3). Este piadoso autor, aunque no nombra el examen particular, parece no obstante que abre el camino y á él fuertemente nos incita. Luego nos indica la materia de este examen, añadiendo: «Dos cosas contribuyen especialmente á la perfecta enmienda, á saber: apartarse con esfuerzo de toda viciosa propensión de la naturaleza, y trabajar con fervor por el bien, de que uno más necesita» (ibid., n. 4). Y para que ninguno se engañe, y al entrar con ignorancia ó presunción en esta palestra y sentir las dificultades del combate no deje las armas y abandone el campo, nos avisa este autor de la dificultad de este combate: «Mayor trabajo, dice, es resistir á los vicios y pasiones, que sudar en los trabajos corporales» (ibid., n. 11).

Y acaso sea esta la causa porque muchos comienzan la lucha de este examen, y muy pocos perseveran constantes en ella. Numerosa muchedumbre de más de treinta mil combatientes salió al mando de Gedeón á pelear contra los Madianitas; pero estando todo aquel ejército á vista del enemigo, veintidos mil de ellos vencidos del temor se volvieron á sus casas; y de los diez mil restantes los más, no pudiendo resistir la sed que les aquejaba, dobladas las rodillas y abocándose á las aguas del río, á grandes sorbos refrescaban las sedientas fauces. Solos trescientos se contentaron con el agua que como de paso podían coger con la palma de la mano; y éstos solamente que apagaban la sed sin salir de los límites de la necesidad, quiso al Señor que se empleasen para alcanzar la victoria de los enemigos. Quiera la divina bondad abrir los ojos de los que ciegos no entienden que en las luchas espirituales sucede cada día lo mismo que á los soldados de Gedeón. En efecto, muchos son los que se aprestan con gozo á vencer los enemigos de su alma, pero acobardados y vencidos de la dificultad, vuelven atrás. Cuando ya el enemigo está á la vista y para comenzar la batalla, son vencidos de la sed de cosas terrenas, doblan en tierra las rodillas, se inclinan á los bienes temporales, y quieren matar la sed con las aguas de Egipto, incapaces de apagarla con todas sus cisternas y charcos.

Entre estos cobarbes, algunos que habían puesto mano al arado de la perfección, se vuelven al siglo y á la vida del mundo; otros perseveran, sí, en el estado de la vida religiosa, pero no están animados de su espíritu; y aunque les falta el ánimo para pelear las batallas del Señor, no quieren sin embargo dejar la máscara de tales soldados. Algunos de éstos son arrojados al siglo por el «pie de la soberbia» (Ps. XXXV, 12); los cuales arrastrados por la vanidad de su corazón, temen los desprecios, huyen de las injurias y evitan las humillaciones de Cristo; y apeteciendo por el contrario cosas grandes y sublimes, se precipitan

en el abismo. A otros de la misma clase arrastra la «cupidiscencia de la carne», los cuales por sus vicios habiendo desertado del ejército de Dios, se vuelven á las ollas de Egipto y se sacian de sus carnes; éstos con los vicios de la lujuria manchan la blanca vestidura de su alma, afean su hermosura, oscurecen su gloria y á manera de jumentos se corrompen en su estiércol. Otros esclavizados por otros vicios vuelven la vista al siglo y retroceden. Todos esos aunque alistados á la segunda milicia, no quieren entrar en combate, porque temen pelear consigo mismos, con sus vicios y pasiones. Estos prófugos no son en verdad buenos para sí, pero tampoco tan malos para sus compañeros de armas, después que fueron separados del ejército de los valientes y se volvieron á sus casas; porque dejan con su mal ejemplo de ser estorbo á sus compañeros que pelean denodadamente. Por esta causa mandaba Dios antiguamente que, cuando se alistaba el pueblo para la guerra los medrosos fuesen separados del ejército, y que los capitanes echasen este pregón en cada compañía: «¿Quién de vosotros es cobarde y de corazón medroso? Váyase, vuelva á su casa, no sea que haga temer el corazón de sus hermanos, así como él está espantado por el temor.» (DEUT., XX, 8).

Pero no faltan entre estos cobardes algunos que rehuyendo el combate, perseveran en el ejército; y aunque han jurado con sus compañeros dar muerte á las afecciones contrarias, fomentan sin embargo su amistad con los vicios y pasiones enemigas, no queriendo usar del examen particular. Pretenden esos conciliar el espíritu con la carne, el vicio con la virtud; conceden algo al espíritu y también algo á la carne; y no quieren negarlo todo á las pasiones, ni dejar de ser indulgentes en algo con la virtud. Pueden estos tales compararse con Isacar hijo de Jacob, del cual dice el santo Patriarca su padre: «Isacar es un jumento robusto que reposa entre los términos. Vió la paz que era buena, y la tierra que era óptima, y abajó su

espalda para recibir la carga, y fué hecho siervo para los tributos.» (GEN., VLIX, 14). Si los jumentos entran en un prado de verde hierba, no hay palos que les impidan tomar siquiera un bocado; sirve el asno á su dueño, pero en presentándose la ocasión, no dejará de mostrar su instinto. Pues á manera de tales jumentos son los que temen hacer guerra á sus vicios. Ven la paz, y la prefieren á la guerra; se están hasta los dos términos del espíritu y de la carne; y porque tienen por buena la paz, pagan tributo á entrambos para que con ninguno de los dos haya de pelear. El tributo que pagan al espíritu, son ciertas obras penales, ciertas mortificaciones y observancias exteriores; las cuales comunmente más se hacen por fuerza que con voluntad, y son de poco mérito. El tributo de la carne es la solicitud por los negocios seculares y temporales, el exceso de las ocupaciones que no son de nuestra profesión, perpetua agitación y pena en la conciencia. ¿Cómo podrá conseguir la verdadera libertad de espíritu el que esté oprimido por tantos tributos y quiera entre los dos términos servir á dos señores? Tales hombres en tanto son espirituales, en cuanto basta para que exteriormente sean tenidos por tales; han alcanzado de la fuerza del hombre interior lo suficiente para que sin maestro puedan disertar sobre asuntos de conciencia. Tienen bien conocido el nombre del examen particular, pero no su fuerza; porque siendo este ejercicio eficaz para desarraigar la pereza, si no quieren mudar el ánimo ni sujetar ciertas afecciones y deseos torcidos, no alcanzarán la fuerza y naturaleza de este examen.

Esta clase de hombres no hacen poco daño á los más fervorosos para la vida común. Porque el que milita en las filas de Dios, y de veras aspira á la vida espiritual y á la perfección, desea llegar á este término con las menores costas posibles. Pues cuando este ve continuamente á estos compañeros cobardes, que de palabra y con los hechos se glorían de haber conseguido la paz del corazón sin tanto esfuerzo; cuando oye que no se opone á la perfección que

profesa pretender honores, buscar comodidades, evitar lo que es contrario á las honras y comodidades, ir á caza de regalos y distracciones; ¡cuán fácil es que el soldado valiente se avenga á tan pésimos ejemplos!

II

Débase notar que no se ha de mudar fácilmente de materia del examen particular, porque eso sería andar alrededor y no hacer jornada. Así como el que intenta subir una gran piedra por una ladera hasta la cumbre de un monte, y después de subida ya un buen trecho, se cansase y la dejase rodar hasta abajo, y así estuviese toda su vida, engañándose y perdiendo el tiempo, pues lo mismo hace quien hoy da una arremetida y mañana se cansa, en este año sudan y corren, y al siguiente se duermen, porque estos tales *nunca acabarán* su tarea. S. Pablo los retrató bien cuando dijo: «Semper discentes, et numquam ad scientiam veritatis pervenientes.» (1)

¿Qué diríamos de un labrador que estuviese siempre trabajando á medias, dejando intacta la raíz de las malas yerbas?

Los barberos ¿por qué vuelven á su rasura á los pocos días? porque dejan la raíz y no matan radicalmente el pelo de la barba humana.

Por esto dijo David: «Persequar inimicos meos, et comprehendam illos, et non convertar donec deficiant.» (2)

Lo mismo enseña S. Juan Crisóstomo. (3)

III

¿Cuánto tiempo ha de durar la materia del examen particular? S. Bernardo y Hugo de S. Víctor se preguntan: ¿cuánto tiempo se ha de pelear contra un vicio? Y responden: hasta que vaya tan de caída el vicio que, en asoman-

¹ II, ad Tim. cap. III, 7. - ² Psalm. XVII, 38. - ³ Chrysost. hom. 5, super Gen.

do y rebelándose, luego le podáis fácilmente reprimir y sujetar á la razón. De manera, que esperar á no sentir la pasión ni la repugnancia, eso sería nunca acabar, y, como dice Hugo de S. Víctor, eso es más de ángeles que de hombres. Y Séneca dijo: «Pelemos contra los vicios, no para vencerlos del todo, sino para no ser vencidos,» «Contra vitia pugnamus, non ut penitus vincamus, sed ne vincamur.» (1)

El mejor consejo es comunicarlo con el P. espiritual y él fallará este importantísimo pleito. Y aunque estuviésemos un año, dos años y aún toda la vida, no perderíamos el tiempo.

ARTICULO XI

DÉBENSE APUNTAR LAS FALTAS

S. Ignacio de Loyola enseña que se comparen los exámenes unos con otros para ver si ha habido alguna enmienda, y recomienda se apunten las faltas diarias.

S. Antonio Abad (2) aconsejaba que se anotasen por escrito las faltas que resultasen del examen para que así se avergonzase más el hombre.

S. Juan Clímaco quiere que no sólo á la noche y al tiempo del examen, sino á todas horas ande uno anotando la falta en que cae, para que así pueda hacer mejor y más brevemente el examen y dedique más espacio al dolor; y de aquí nació la costumbre del cordón con cuentas para el examen. Y dice más aún: como el comerciante lleva su libro de cuentas y de balance diario, así nosotros debemos estampar el resultado del día (3).

S. Basilio y S. Bernardo expresamente enseñan el comparar un día con otro, para que así pueda uno mejor conocer su aprovechamiento. (4)

1 Séneca — (2) Sozzomen. lib. 1. hist. Tripast. cap. 11, et Niceph. lib. 8. cap. 4. — (3) S. Joann. Clymc. 4. — (4) S. Basilius, serm. 1. «de abdicatione sive, renuntiat. sæculi istius et spiritalis perfect.» — S. Bernardus «in specul. monachorum.»

S. Doroteo aconseja el comparar una semana con otra y un mes con otro (1).

El sistema de tomar la enmienda de trecho en trecho, de medio día en medio día, lo aconsejaron S. Juan Crisóstomo (2) San Efrén y S. Bernardo (3) y después todos los autores.

Plutarco (in dialogo de cohibenda iracundia) trae el ejemplo de uno, que por complexión era muy colérico y que sentía repugnancia en ser manso, y para conseguirlo, tomó por tarea no enojarse en un día, y así estuvo otro día, y después al otro día dijo: «pues, hoy tampoco me he de enojar, por hoy siquiera»; y lo cumplió, hasta que, con esta industria, consiguió ser de una condición suave y pacífica. Y en las crónicas de S. Francisco se cuenta de un fraile que, para conseguir la virtud del silencio, proponía un día no hablar por honra de Dios Padre; el segundo, por reverencia á Dios Hijo; el tercero, por amor al Espíritu Santo; el cuarto, por gratitud á María Sma. etc. (4)

Creencia general es que el demonio apunta nuestros pecados para echárnoslos en cara en el día del juicio particular. Procuremos, pues, ahora, apuntarlos y llorarlos bien y aplicar buenas penitencias por cada uno de ellos.

(1) S. Dorotheus, doctr. 10. — (2) Chrysost. serm. contra concubin. —

(3) S. Bernard. in quadam formula bene vivendi canonicorum et vicarios, cap. 24. — (4) P. 2, lib. 6, cap. 38, Histor. Minorum.